

Al fin, el lector cierra el libro y se pregunta: ¿alguna vez podré escribir un libro tan logrado?

Thomas Calvo  
*El Colegio de Michoacán*

LUCÍA RAYAS VELASCO, *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*, prólogo de Mary Louise Pratt, México, El Colegio de México, 2009, 264 pp. ISBN 9786074620375

Hablar de mujeres que participan en la guerra pareciera un sinsentido. Cuando ambos términos se vinculan, es más bien para hacer referencia a aquella parte de la población que de forma más aguda padece los estragos causados por las conflagraciones: las mujeres son quienes quedan viudas o huérfanas, son las madres o abuelas enlutadas, las desplazadas y despojadas. O bien son raptadas, violadas y mutiladas de manera brutal, como una prueba patente de su intercambiabilidad y poco significado social; las mujeres son atacadas sexualmente en las guerras sin que importe su edad, condición, estado civil, grado de escolaridad y demás características que puedan individualizarlas. Se aprecian, en suma, como las víctimas pasivas del horror bélico.

Aunque los sistemas de género habitualmente rechazan todo vínculo entre, por un lado, el ejercicio de la violencia/muerte/guerra y, por el otro, la feminidad/maternidad/servicio a los llamados “aptos”<sup>1</sup> —si exceptuamos quizá a las míticas Amazonas—, esta imagen es, no obstante, poco realista. Ligar concep-

---

<sup>1</sup> Marcela LAGARDE, *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, putas, monjas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

tualmente la capacidad de dar vida con la incapacidad de quitarla forma parte de la construcción social de la diferencia naturalizada entre hombres y mujeres, que cargan de atributos agresivos, competitivos y predadores a unos, y abnegados, “pacifistas” y sacrificiales a otras. En esta dirección, el principal obstáculo para analizar la contribución de las mujeres a la guerra estriba en que toda acción bélica está categorizada como un espacio de exclusiva competencia varonil, es decir, un *locus* donde la participación femenina no se concibe como importante o socialmente significativa.<sup>2</sup> Pero el escenario de la guerra no distingue género, edad ni condición social, y pensar que las mujeres puedan mantenerse al margen de él es sostener, si no una mera ilusión, cuando menos una falacia.

Esta negación de la presencia femenina tiene razones de peso que no se ubican únicamente en la ecuación vencedores y vencidos, ni en las relaciones de poder que se ejercen entre facciones. Si suscribimos la afirmación de Norbert Elias (1994), en el sentido de que la construcción de los Estados-nación se funda en la organización monopolista del uso de la violencia —a manos de los varones, por supuesto—, ignorar la participación de las mujeres en la formación de la patria o admitir que, incluso, puedan desempeñar un papel tan importante como el de ellos, es negarles la posibilidad de compartir las instancias de poder y autoridad gestadas durante ese proceso.

El texto de Lucía Rayas es un magnífico ejemplo de esta aseveración. En *Armadas*, la autora compara dos casos en los que la intervención femenina en acciones militares ha sido no sólo reconocida, sino legitimada. Por un lado, analiza el papel fun-

---

<sup>2</sup> Rosío CórdoVA, “Las mujeres en la guerra civil de 1810”, en Juan ORTIZ y María Eugenia TERRONES (coords.), *Derechos del Hombre en México durante la guerra civil de 1810*, México, Instituto Mora, Comisión Nacional de Derechos Humanos, 2009, pp. 173-209.

damental que desempeñaron las mujeres salvadoreñas dentro de la guerra de guerrillas que el FMLN sostuvo contra la dictadura desde 1981 durante más de una década. Por el otro, la alta participación femenina en el ejército de Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo militarmente hablando, sobre todo durante la llamada segunda guerra del Golfo, iniciada en 2003 y que continúa hasta nuestros días. Pero, a pesar de la presencia activa y pública de las mujeres en el “teatro de la guerra”,<sup>3</sup> Rayas muestra que esto no ha desestabilizado lo suficiente las estructuras androcéntricas del ejército como para traducirse en verdaderas relaciones de igualdad en su interior.

El espacio que elige Rayas para el desarrollo de su análisis no podría ser más adecuado: el cuerpo de las mujeres combatientes, que es abordado desde dos vertientes, la experiencia vivida y el uso simbólico de la representación corporal femenina. ¿Qué hay en el cuerpo de las mujeres que continúe situándolo en el corazón de los debates? Los lectores podríamos esperar que, una vez ganada la entrada al aparato antes impenetrable de las fuerzas armadas, a la postre las mujeres podrían trascender aquello por lo que están conceptualmente excluidas de la guerra —supuestas debilidad, fragilidad, limitaciones por su fisiología reproductiva; en una palabra: su cuerpo—, mediante la demostración permanente de sus capacidades atléticas, su fortaleza ante el enemigo, su potencial estratégico para librar batallas.

Sin embargo, esto no es así. Parece que las mujeres seguimos siendo cuerpos... pero no cualquier clase de cuerpos, sino, ante todo, cuerpos peligrosos. Cuerpos que no pueden soportar las

---

<sup>3</sup> Este término fue utilizado por los ingenieros militares que diseñaron el plan de defensa para Nueva España. Hace alusión a la zona geográfica afectada por la guerra. Antonio MARTÍNEZ TEIXIDÓ, *Enciclopedia del arte de la guerra. Todo sobre el fenómeno de la guerra y la búsqueda de la paz*, Madrid, Planeta, 2001, p. 594.

mismas penurias que los masculinos; cuerpos que no corren, brincan o cargan con iguales destrezas; cuerpos que pueden retrasar y entorpecer maniobras militares; cuerpos a los que no se puede confiar la vida de igual forma que a un hermano de armas; pero, principalmente, cuerpos deseables e ingobernables que debilitan la fraternal camaradería de los varones. Y en el centro de esta descalificación lo que se disecciona es la sexualidad femenina, una sexualidad que responde a un modelo hegemónico donde los varones depredan indiscriminadamente y las mujeres requieren recato, refrenamiento y vigilancia constante.

A pesar de las indudables diferencias que existen entre las combatientes del ejército popular revolucionario de El Salvador y las profesionales del “ejército totalmente voluntario” de Estados Unidos, que Rayas describe ampliamente, su agudo análisis devela un aspecto común a ambos tipos de mujeres: son cuerpos utilizables y prescindibles. Por un lado, sorprende la cantidad de denuncias y silencios en torno al acoso, hostigamiento e, incluso, violaciones sexuales que viven las soldadas estadounidenses, en un contexto que, se presume, ha extremado su cuidado en superar las asimetrías de género en general y, sobre todo, de libertad y garantías sexuales. El rechazo, a veces velado, a veces explícito, de la hermandad militar varonil al ingreso masivo e igualitario de las mujeres se refleja en esta violencia que las obliga a ser más que un varón, a desfeminizarse, a soportar estoicamente e ignorar la misoginia y el sexismo que permea el aparato militar, singularmente homosocial, pero obligadamente homofóbico. Asimismo, a someterse a estrictas tecnologías para mantener su peso, su figura, sus habilidades, ya que encarnan la imagen de la nación.

Pero también la sexualidad pareciera estar en el centro de las preocupaciones del ejército popular salvadoreño al incorporar a las mujeres. Aquí la lógica es más explícita y las “compañeras” prestan sus servicios —sexuales y de cuidado a los aptos— a la causa de la patria, pero no con libertad, sino controladas por el

“biopoder” en cualquiera de sus formas: los abortos “voluntarios” en aras de la causa, la maternidad que tiene que ser delegada en otras no combatientes, la circulación de parejas que impide la creación de vínculos a largo plazo, el acoso sexual que está a la orden del día. Es decir, la permisividad sexual femenina opera en función de las necesidades de la doble moral revolucionaria, sin compromisos, sin responsabilidades ni cuestionamientos éticos, para ellos; acatando y resolviendo las consecuencias y el desapego, para ellas. Y en ambos casos, como afirma Rayas, “la dominación sexualizada es parte de la construcción ideológica de lo militar” (p. 204). De ahí que, no obstante que las mujeres realicen con éxito acciones transgresoras a su papel de género, e incluso se cubran de gloria, como es el caso del pelotón femenino Silvia del FMLN, que abatió a batallones de élite del ejército salvadoreño, sus quince minutos de fama y reconocimiento no alcanzan a cristalizar en estructuras verdaderamente equitativas.

¿Qué obtienen, entonces, las mujeres con su incorporación a las fuerzas armadas? Una aportación fundamental del texto es dar una explicación coherente del porqué, a pesar de desenvolverse en un ambiente altamente jerarquizado que exige de ellas la negación de su feminidad, y que al mismo tiempo las enfrenta cotidianamente a las concepciones sometidas de género, las mujeres se insertan en el escenario de la guerra. Por un lado, un denominador común pareciera ser la pobreza: para las salvadoreñas, la liberación de la dictadura significa ser partícipes de una patria mejor, más generosa e igualitaria para todos. Para las estadounidenses se traduce en la oportunidad de obtener un empleo, avanzar en aspiraciones educativas, lograr una ciudadanía de primer orden, en tanto se pertenece a un cuerpo prestigioso y con prerrogativas frente al resto de la sociedad.

Por otro lado, el uso de los cuerpos femeninos confiere una pátina de legitimidad a los horrores bélicos: las mujeres, como dadoras de vida, cuidadoras, vigilantes del bienestar de los suyos,

no pueden enfrascarse en una guerra injusta. El espíritu sacrificial femenino es una prueba esgrimida para dotar de sentido cualquier cantidad de crímenes genocidas o atentados. Ello no impide, sin embargo, que la guerra se torne para las mujeres en un poderoso vehículo en el proceso de concientización al permitirles trascender, al menos temporalmente, las constricciones de género de los tiempos de normalidad y del resto de la sociedad. Al poner frente a ellas de manera patente su ciudadanía de segunda al participar de los espacios masculinos de poder, evidencia los quiebres susceptibles de incidir en la transformación del orden social.

Estos resquicios abiertos son de gran importancia para la vida de las mujeres, ya que pueden repercutir directamente en las condiciones que favorecerían o impedirían obtener espacios de mayor libertad y poder de decisión, derivados de una presencia más evidente e incisiva en la esfera pública. Es claro que, para las mujeres salvadoreñas, la vuelta a la domesticidad les anuló el terreno ganado en la contienda, pero no así su certeza del importante papel que desempeñaron en la victoria. Para las estadounidenses, la profesionalización de las soldadas ha conducido, de manera lenta y forzada, a la consecución de puestos de mando medio en el aparato militar de su país. Está por verse si estas transformaciones tendrán trascendencia en el “cambiante equilibrio de poder entre los sexos”, y si nos encaminamos a un proceso de aceleración hacia una mayor simetría entre los géneros,<sup>4</sup> que pueda cristalizar en las estructuras profundas de la sociedad.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Norbert ELIAS, “El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Estudio sociológico de un proceso: el caso del antiguo Estado romano”, en *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta, 1994, pp. 121-193.

<sup>5</sup> Rosío CÓRDOVA, “Género, epistemología y lingüística”, en Sara POGGIO, Montserrat SAGOT y Beatriz SCHMUKLER (comps.), *Mujeres en América Latina transformando la vida*, San José, LASA, Universidad de Costa Rica, University in Maryland, 2001, pp. 1-31.

Entre sus muchas virtudes, el libro cuenta al final con una bibliografía comentada que apoya lo que se ha escrito en torno al cuerpo, el género y la guerra. Esta no es más que una de las posibles lecturas que el texto de Lucía Rayas nos ofrece. Sólo baste decir que, en estos momentos de glorificación de las luchas armadas en nuestro país, es un referente obligado para entender qué pasó con las mujeres en la guerra y cómo, con total desparpajo, la historia nos borró de un plumazo de sus páginas.

Rosío Córdova Plaza  
*Universidad Veracruzana*

MÍLADA BAZANT, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno*, Toluca, Estado de México, El Colegio Mexiquense, Secretaría de Educación Pública del Estado de México, Colección Mayor, 2009, ISBN 968-484-655-X

El último libro de Mílada Bazant sorprende e inquieta. Sorprende porque dice mucho más de lo que ofrece, e inquieta porque al referirse a un periodo complejo y difícil de nuestra historia deja implícitamente planteadas preguntas que son un reto para nuevos estudios. Cultura literaria y revolución, educación e identidad, prejuicios y valores, modernidad y tradición, mujeres y desigualdad, son apenas algunas de las posibles combinaciones conceptuales que subyacen a lo largo del texto. Podría decir que éste es el dilema y el “truco” del historiador: seguir la línea de la investigación, pero sin desechar la multitud de problemas, situaciones, personajes y decisiones aparentemente incomprensibles que aparecen “pegados” al problema de que se trata. Y como en este caso se trata de una biografía, su protagonista, Laura Mén-